

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXVI

Mayo de 1949

Núm. 287

Puntos de vista

La Universidad de Concepción

*U*N anhelo generoso que se hizo carne en un grupo de hombres de buena voluntad, poseídos por noble ambición, concretó en un hecho efectivo el nacimiento de la Universidad de Concepción. Una serie de tropiezos de carácter económico, de dificultades de orden administrativo para aunar voluntades que no era fácil hacer confluír, amenazaron en un comienzo la existencia de la institución que, andando el tiempo, había de derramar desde sus aulas la cultura que un país necesita para formar el pensamiento de un pueblo y afinar su espíritu dentro de la conciencia colectiva.

Fué una etapa difícil, penosa a veces, dura en ocasiones, plagada de sorpresas desagradables a ratos, pero que al fin fué magníficamente superada, porque no falló un instante la fe, la ponderada decisión, la altura de miras, la belleza del ideal que se albergaba en el corazón de quienes se habían propuesto con ánimo inquebrantable. llevar al éxito una idea de tan magnas proyecciones.

Y esa fe iluminó el camino, orientó las voluntades, fortaleció los ánimos y ensanchó las perspectivas que este Instituto había de obarcar dentro de la vida chilena. Porque la Universidad es hoy día, una maciza realidad, una efectiva fuerza moral, una alta llama orientadora en el destino de las juventudes que aprenderán allí a dirigir el pensamiento, basándolo en normas de razón que sólo puede conferir al ser humano la posesión de una sólida con-

textura interior que lo aleje de la pasión sectaria y le permita apreciar la verdad en su esencia más original.

Una Universidad no es solamente una escuela en donde se van a aprender los fenómenos de la vida, el proceso evolutivo de la ciencia o la explicación de los problemas que engendra el desarrollo de la humanidad. Es, además de todo eso, el refugio en donde se fortalecen las ideas de libertad, donde se aprende a respetar el derecho de cada hombre, a tener una individualidad propia, sustentada por un espíritu que se nutrió en normas de buena moral. En la Universidad se encuentra la expresión de todas las manifestaciones de la vida espiritual. Y por medio de ellas se aprende a valorizar lo humano en su significación más honda. Una Universidad no imparte doctrinas determinadas. Da al hombre los conocimientos que se requieren para adquirir un criterio propio que le permita discriminar, dentro de perspectivas ideológicas acerca de los problemas del espíritu hasta formarse una conciencia que entrañe todo el acerbo de pureza ideal que su textura moral le permita.

«Por el desarrollo libre del espíritu» trabaja la Universidad de Concepción. Es ese su lema. Y en él se acrisola su ideal constructivo. En la mentalidad colectiva es imposible encontrar la total coincidencia de ideas. No es necesario, porque el libre choque de ellas, en el noble afán de encontrar la verdad y por ende el avenimiento, que es siempre el ideal de la sociedad, se halla el bien máximo de lo que la cultura puede otorgar al hombre civilizado. La ley es una síntesis de un concepto de justicia y los hombres la crearon como base de armonía social, como principio de equidad, como fundamento de una fórmula de convivencia. La Universidad tiene una misión irradiante. No para determinadas corrientes ideológicas, sino para enriquecer normas reflexivas de razón y de discernimiento, que lleguen a concretar aquella que la colectividad necesita para forjar su progreso.

Durante los treinta años que lleva, de próspera y fecunda existencia, la Universidad de Concepción ha conseguido ampliamente

ajustarse a estos principios. Y es así como el país ha podido apreciar su labor que alcanza resonancia continental, por medio de sus publicaciones periódicas como son esta revista y la Revista de Derecho, y el Boletín de la Sociedad de Biología, acogidas en los centros cultos del país y en el extranjero con el interés que merecen.

La Universidad de Concepción funciona en edificios adecuados a la índole de cada una de las escuelas que funcionan en ellos. Creada con criterio moderno, la ciudad universitaria es una sorpresa para todos los viajeros que llegan hasta la vieja ciudad penquista y se encuentran con la espléndida realidad que logró construir aquel grupo de hombres eminentes, iluminados por el ideal de servir a la patria, no para época determinada, sino para el futuro, que no tiene límite ni medidas restrictivas, porque es lo permanente.

En esos edificios rodeados de jardines, que ofrecen alegría a la vista y tonifican el espíritu, se ha venido formando, desde hace treinta años, una juventud que es ejemplo de salud moral, de optimismo, de inquietud generosa, de noble y fuerte emulación. En la cultura de Chile la contribución de la Universidad de Concepción marca ya un índice de elocuentes proporciones. El sur, la tierra húmeda, que con sus jugos vitalizadores constituye la riqueza agrícola más importante del país, siente orgullo de tener su Universidad. Desde allí ha salido una pléyade de hombres ponderados, de ciudadanos eminentes, que en el foro, en la política, en la tribuna, en el arte, le están dando lustre y bizarría a la vida institucional de Chile. Son los frutos preclaros que ha dado esta institución nacional que tiene sus raíces en lo más hondo del alma chilena. Paradigma de la voluntad homogénea de un pueblo, sigue derramando su influjo desde la cátedra universitaria, desde su tribuna por donde han pasado las figuras más eminentes del pensamiento universal. Filósofos, catedráticos, médicos, investigadores científicos, novelistas. Todo cuanto tiene de más representativo la cultura del mundo moderno, al venir a Chile, jamás han dejado de visitar la

Universidad de Concepción. Y ella, dentro de sus medios, superando la buena voluntad de estimular y propiciar siempre las obras de cultura, ha instituído premios para honrar las artes y las ciencias.

La Universidad de Concepción sigue arraigándose en el alma nacional, con muestras cada vez más efectivas del espíritu que anima a los hombres que allí trabajan «por el desarrollo libre del espíritu».

El Premio Nacional de Literatura

La recompensa máxima que el Gobierno de la República otorga, cada año, a uno de los hombres que más se han distinguido en el cultivo del arte literario ha recaído esta vez en Pedro Prado, fino poeta y prosista que ha realizado un arte singular tanto por el acento personal que supo infundirle, como por la rebeldía que manifestara al iniciar su obra con «Flores de Cardo», en que rompía entre nosotros todas las formas tradicionales de la poesía.

Amante de los símbolos, de las parábolas y de las divagaciones desconcertantes, en las que de pronto asomaba una reflexión filosófica, o la pincelada del pintor que no puede eludir el influjo de la naturaleza, Pedro Prado, dentro de su manera de ser, excepcional como artista, ha ido creando un arte que tiene sin duda alta jerarquía, pero que dentro de sus ocultas resonancias e inesperados matices, da la sensación del poeta que oscila entre la prosa y el verso. Un tono místico, a veces humorista e irónico como en «El juez rural», simple y claro como la canción de un árabe en el desierto o el sermón de un monje que mira a los pájaros y a las montañas en sus poemas de «Los pájaros errantes», dan carácter y fisonomía inconfundible a la voz del poeta.

Y esta vena de poesía se mantiene a lo largo de toda su creación en prosa; refinada, un poco extática y absorta, como si olvidara el mundo real para sumergirse en el de su imaginación. Porque la creación en Prado es como un fenómeno de inmersión en su propio yo, y la belleza de su obra tiene, de consiguiente,